

# LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.	LA REDACCION Y ADMINISTRACION,	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Calle de Fonollar, 24 y 26. Se publica los Jueves.	En Lérida, Administracion de
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.		El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.—
Extranjero y Ultramar: un año, id., 8 ptas.		Madrid: Almagro, 8, entr. derecha -Alicante: S. Francisco, 28, dup <sup>o</sup>

## SUMARIO.

Las tres confesiones.—Por los muertos.—La sociedad mútua. VI. (Conclusion.)—A una gota de agua.—Suelos.—Pensamientos.

## LAS TRES CONFESIONES.

Ya hemos dicho en uno de nuestros anteriores artículos titulado *El Remordimiento* que nuestro buen amigo Felipe nos regaló un viejo manuscrito que contenia las memorias del Padre German; de las cuales, copiaremos algunos párrafos de las sábias consideraciones que escribió sobre la confesion, las que revelan la gran elevacion de su espíritu, y el alto grado de moralidad en que se encontraba. Si hubiera en el mundo muchos sacerdotes como el padre German, ¡cuán dulce, y cuan hermosa seria la religion de nuestros abuelos! pero escuchemos al profundo pensador que valen mas dos líneas suyas, que un tomo en fólio escrito por nosotros.

### «LAS TRES CONFESIONES.

»Manuscrito querido! fiel depositario de los íntimos secretos de mi alma! despues de Dios, tú eres mi confesor, tú eres mi exacto retrato. El mundo no me conoce, tú sí. A tí me presento tal cual soy con mis debilidades y mis remordimientos. Ante tí soy hombre. Para la sociedad soy el sacerdote.

»Muchos me creen impecable. ¡Dios mio! por qué pedirán un imposible?

»¿Por qué le exigen al ungido del Señor la fuerza del gigante? si es un pigmeo como los demás hombres de la tierra!

»¡Ah! las leyes! las leyes sociales cuan absurdas son! Yo antes no lo conocia, pasé muchos años contento con mi suerte. Celebrar la misa, enseñar la doctrina á los niños, pasear con mi viejo compañero el fiel Sultan, entregado á lecturas piadosas era todo mi encanto. Solo una nube de tristeza envolvía mi mente cuando tenia que cumplir un acto de mi sagrado ministerio. Solo una cosa me abrumaba y me enloquecia, recibir la confesion de los pecadores. ¡Oh! cuando me sentaba en el confesionario, cuando mi angustiada mirada se fijaba en el rostro de los penitentes, y estos me confiaban sus culpas y á veces terribles secretos, yo sufría mil muertes por segundo. Salía del confesionario huyendo de mi mismo, corria como un loco, y me iba al campo y allí me postraba en tierra, y pedia á Dios que me quitase la memoria. A veces Dios escuchaba mi ruego, un sueño apacible se apoderaba de mis sentidos y mi fiel Sultan era el encargado de despertarme tirando suavemente de mi hábito, me despertaba débil como si hubiese tenido una fuerte calentura; recordaba vagamente mil sucesos estraños, y volvía á mi hogar donde el viejo Miguel me esperaba inquieto.

»Nunca quise el tumulto de las grandes ciudades, siempre preferí mi

aldea, pero como si fuese mi espiacion, aunque yo rehusé vivir en la gran ciudad de N. sus principales habitantes venian á buscar al cura de la aldea, y mujeres de noble cuna, y hombres de encumbradísima posicion social, venian á mi humilde iglesia para que yo les diera la bendicion nupcial. Y yo miraba á aquellas jóvenes parejas sonriendo de felicidad, y sin darme cuenta el porqué, sentia un dolor agudo en la frente y en el corazon, y cuando todos se iban, cuando me quedaba solo en el templo, este me parecia un sepulcro, y yo el cadáver enterrado en él.

»Guardábame muy bien de comunicar á nadie mis impresiones, porque el vulgo y mis envidiosos compañeros hubiesen dicho que el diablo me tentaba, y yo bien sabia que Satanás no habia nacido.

»Educado en el mas riguroso ascetismo, sin haber conocido á mi madre, que murió al darme á luz, hijo del misterio, crecí entre una comunidad religiosa, como flor sin rocío, como ave sin alas, obligado siempre á obedecer, sin derecho alguno para preguntar me dijeron:

»Serás ministro de Dios, y huirás de la mujer, porque de ella se vale Satán para perder al hombre, y yo huí con un terror supersticioso porque queria ser grato á los ojos del Señor.

»Me entregué á leer, leí mucho, y comprendí (aunque tarde) que el sacrificio del sacerdote católico era contrario á las leyes naturales; y todo lo que violenta las leyes de Dios absurdo es; pero..... enmudecí, envidié el valor de los reformadores, y no me atreví á seguirles, quise cumplir bien con mi delicada mision, y me sacrificué en aras de la institucion á que pertenecia.

»El dia que cumplí treinta y cinco años, los niños de mi aldea entraron en tropel en mi huerto, y todos á porfia me entregaron ramos de flores, frutas y leche, miel y manteca, y cuando mas contento estaba yo, cuando entre mis hijos adoptivos, suspiraba interiormente por la familia que yo no habia podido crear, recibí un pliego de la ciudad de N. en el cual la directora de un colegio de niñas nobles, me anunciaba que á la mañana siguiente vendria con quince de sus educandas para que recibieran mis consejos espirituales, y se acercáran á la mesa del Señor, á participar del festin eucarístico. Sin saber porque, latió mi corazon aceleradamente, algo tibio resbaló por mis mejillas, y aunque procuré dominarme todo el dia estuve triste.

»A la mañana siguiente, una larga fila de coches rodeó el humilde templo de mi aldea, y preciosas niñas de doce á catorce años, como una bandada de palomas abatieron su vuelo, y entraron en el risueño nido de la iglesia cristiana, cuyos sencillos altares estaban adornados con perfumadas flores, que justo era que se confundieran las rosas de los prados, con las blancas azucenas del jardin de la vida. ¡Preciosas niñas! ¡sonrisas del mundo! ¡esperanzas del hombre! ¿por qué entrasteis en mi pobre aldea?

»Yo las miré, pero solo ví á una, era una niña pálida, con largos rizos negros, al andar se doblegaba como los lirios marchitos. Cuando se prosternó ante el confesionario el olor de los blancos jazmines que coronaban su frente llegó hasta mi cérebro y me trastornó. La niña me miró fijamente y me dijo con voz triste.

»—Padre, ¿cuándo una persona se confiesa es preciso que diga cuanto piensa á su confesor.

»—Si es malo sí; si es bueno, nó.

»—¿Querer es malo?

»A esta pregunta no supe al pronto que contestar; miré á la niña y no se que leí en sus ojos, pero me llevé las manos al corazon para contener sus latidos y repliqué con grave acento.

»—Querer es bueno, pero no siempre es bueno; se debe adorar á Dios, se debe amar á nuestros padres, se debe querer al prógimo, pero hay otras pasiones en el mundo que tú no comprendes todavía, en las cuales querer es un delito.

»—Yo amo á Dios, quiero á mis padres, á mis hermanos y... á un hombre...

»—Eres muy niña aun para querer á ningun hombre.

»—Yo he leído que para el corazon no hay edades, y ya hace un año que le quiero.

»En vez de preguntar, yo enmudecí, el nombre de aquel hombre no queria saberlo, pero la niña prosiguió.

»—Hace un año que mi hermana Adela se casó, queria que la bendijera un santo, y la bendicion la recibió de vos.

»—¡De mí!.....

»—Sí, de vos, teneis fama de justo. Yo vine con mi hermana, y desde aquel dia.....

»—¿Qué?

»—Desde aquel dia pienso en vos, y para volveros á ver, para poderos hablar, yo he sido la que he demostrado mas empeño en venir para preguntaros, si es un pecado pensar en vos.

»¿Qué pasó por mí entonces? No lo sé, cerré los ojos pero fué inútil; aquella niña hechicera, aquella jóven encantadora llena de ingenuidad y de pasion me revelaba un mundo de felicidad negado para mí, aquella voz acariciaba mi alma, pero tuve bastante valor para dominar mi sentimiento, y le dije á la niña:

»—A un sacerdote no le puedes amar hija mia; porque es un hombre que no pertenece al mundo; ruega fervorosamente para que Dios aparte de tí esa fatal alucinacion, y pide á Dios que te perdone como te perdono yo. Y ciego, abrumado por diversas y encontradas emociones, salí del confesionario y pedí á Dios no ver, para no sufrir. Pero ¡ay! solo á ella veia! La niña pálida de los rizos negros quedó grabada en mi mente, y durante mucho tiempo turbó mi sueño y mis oraciones el perfume de los jazmines que coronaban su frente.

»Ocho años despues un apuesto caballero llegó á mi aldea, pidió verme y me dijo:—Venid, señor, mi esposa se muere y no quiere mas confesor que á vos. Le seguí, y sin saber porque, pensé en la niña de los rizos negros.

»Llegamos á un palacio y el jóven me acompañó á una habitacion régia, en la cual habia un lecho envuelto en largas cortinas de púrpura, y dentro de él, una mujer se quejaba débilmente.

»Me dejaron solo con la enferma, y entónces ella me dijo:—¡Miradme! ¿No me conoceis? Mi corazon ya la habia reconocido, aunque á decir verdad no la habia olvidado; pero tuve fuerza de voluntad para decirle:

»—Quién ha de conoceros es Dios en su reino; que los hombres de la tierra son cosa de baladí.

»—Yo no os he olvidado; hoy hace ocho años que os dije que os amaba, dicen que voy á morir, y he querido deciros que sobre todos los séres de la tierra os he amado á vos.

»La miré un momento, contemplé aquellos ojos donde irradiaba la pasion, la bendije con mi pensamiento, hice una cruz con mi diestra, queriendo poner algo entre ella y yo, y salí de la estancia mortuoria hayendo de mí mismo. volví á mi aldea y devoré en silencio aquel amor que yo no tenia derecho á gozar.

»Dos años despues la peste asoló la ciudad vecina, y numerosas familias vinieron á mi aldea en busca de sus aires de salud. Mas ¡ay! los huéspedes trajeron el contagio, y la campana lanzó al viento su voz melancólica para decir á los sencillos campesinos. La muerte está entre vosotros; mas esto no fué un óbice para que siguieran llegando nuevos emigrados; entre ellos, llegó una noche el duque de V..... acompañado de su esposa y de numerosos criados. Al dia siguiente en breves horas murió el duque, y cuando llegué para prestarle los últimos auxilios de la religion, ya era tarde. Una mujer salió á mi encuentro llorando silenciosamente. Yo retrocedí estupefacto; era ella, era la jóven pálida de los rizos negros que yo la creia muerta hacia dos años.

»Ella me comprendió diciendo con voz triste; Dios es muy bueno para mí, creo que ahora moriré del todo; creo que ahora seguiré á mi esposo. Vos recibisteis mi primera confesion, y tal vez recibais la última. Solo un secreto he tenido en mi vida, solo un pecado he cometido, si es que el querer es un delito.

»Las señales de la fiebre contagiosa ya se marcaban en su pálido semblante, y corrí como un loco á pedirle á la ciencia la vida de aquella mujer que tanto me habia querido, y que tanto yo habia amado; pero la ciencia (gracias á Dios) no escuchó mis imprudentes ruegos, y dos dias despues murió la jóven Duquesa, diciéndome: quiero que me entierren en el cementerio de esta aldea, quiero estar á vuestro lado muerta, ya que no he podido estar en vida.

»¡Qué misterios guarda el corazon humano!

»Cuando eché la tierra en su sepultura casi me creí feliz: ¡cuán egoista es el hombre!

»Cuando la niña pálida coronada de blancos jazmines llena de inocencia y de amor, me brindó con la copa de la vida, yo rehusé el néctar de la felicidad, y envidié al hombre que la llevase al altar.

»Cuando la noble dama rodeada de opulenta familia me dijo que se moria queriéndome, envidié á los suyos, que podrian recibir su último suspiro, y podrian prestarle á su cadáver todo el lujo de las pompas humanas.

»Cuando aquella mujer sola, rodeada de séres estraños que huian temerosos de contagiarse me pidió un rincon en el cementerio de mi aldea, cuando ví que nadie podia arrebatarme sus cenizas, porque de su puño y letra dejó escrito que su cuerpo no fuese estraído de la humilde sepultura que deseaba. ¡oh! entónces, entónces recibí sus últimas palabras con mágico arrobamiento. Su primera confesion fué para decirme que me amaba, y su última confesion fué para repetir que mi memoria habia sido el culto de su vida.

»Ni un instante me separé de sus restos; los pobres habitantes de mi aldea diezmados por la fiebre, espantados por la mortandad, habiéndose muerto el sepulturero, los pocos que quedaban no querian tocar á los muertos, y entre Miguel y yo, depositamos en una fosa el cadáver de la mujer pálida. Sultan únicamente iba con nosotros lanzando lastimeros ahullidos, y cuando la tuve enterada, cuando puse para guardar sus restos una cruz de madera, me senté junto á la sepultura. Sultan se echó á mis piés, Miguel se alejó, y yo entonces entregué mi corazon á la felicidad de amar.

»Con amar á una muerta no quebrantaba los mandatos sagrados; lloré mi juventud perdida, lamenté mi debilidad de no haber protestado de mis votos y haberme afiliado á la iglesia luterana, uniéndome con el lazo del matrimonio á aquella niña pálida de los rizos negros, y me hubiera creado una familia grata á los ojos del Señor. Comprendí en breves horas lo que no habia comprendido en veinte años, y suspiré por una dicha que rara vez se encuentra en la tierra.

»¡Yo que he sabido tantos secretos! ¡Yo que he visto á tantas mujeres sin careta, confiándome sus infidelidades y sus extravíos!.... Yo que he visto tanta inconstancia, apreciaba en todo su valor el amor inmenso de aquella mujer que me vió cuatro veces en su vida, y desde que supo sentir sintió por mí!

»¡Con que placer cubrí su huesa de flores!

»¡Con qué santo deleite las cuidaba!

»¡El corazon del hombre siempre es niño!

»Ni un dia, ni un solo dia dejaba de ir al cementerio! ¡Allí estaba el encanto de mi vida!

»¡Pasaron muchos inviernos! la nieve cubrió su tumba, y dejó en mi cabeza blancos copos, pero mi corzon siempre fué jóven!

»Siempre el calor del mas puro sentimiento mantuvo el fuego santo del mas inmenso amor! Madre, hermana, esposa é hijos todo lo refundí en ella, que es justo pagar con creces, las sagradas deudas del amor!

«Si algo he progresado en este mundo todo se lo he debido á ella! A la niña pálida de los rizos negros!

«Junto á su tumba comprendí el valor de la reforma luterana, y regando los sauces que le prestaban sombra, disipé las sombras que envolvían mi imaginación. Conocí lo pequeña que era la iglesia de los hombres, y lo grande que era el templo universal de Dios.

«¡Amor! ¡sentimiento poderoso! ¡fuerza creadora! ¡tú eres el alma de la vida por qué vienes de Dios!

«¡Sacerdotes sin familia son árboles secos! y Dios no quiere la esterilidad del sacrificio; Dios no quiere mas que progreso y amor universal!»

A cuantas consideraciones se prestan estos fragmentos de las memorias del Padre German. Noble espíritu, esclavo de su deber, ¡cuánto sufrió en la tierra! ¡Cuán sólo vivió el que estaba llamado por la dulzura de su sentimiento á tener una familia y un hogar!

¡Ah! religiones! religiones! cuánto habeis tiranizado á las humanidades!

¡Cuántas familias habeis desunido!

¡Cuántos seres han vivido muriendo sacrificados á votos innecesarios!

Hágase voto de ser bueno, de ser virtuoso, amante de Dios, amparo del pobre, guía del pequeñuelo, consejero del ignorante; estos votos si que son gratos á los ojos del Señor, y no ese sacrificio estéril de una soledad improductiva, de un estacionamiento que á nada bueno conduce.

¡Bien hayan los reformadores que han santificado el sacerdocio de la familia!

¡Bendito sea el progreso! él ha destruido la servidumbre de la ignorancia!

¡Dichosos nosotros que hemos vuelto á la tierra, cuando fulguran en el oriente los mágicos resplandores del racionalismo religioso. ¡Bendita! ¡bendita sea la luz de la verdad!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## POR LOS MUERTOS.

---

«¡Despierta: de rodillas!»—me decia  
Anciana venerable, cuando oia  
De media noche lúgubre señal.—

«Despierta, niña, y por los muertos ora,  
Que en confuso tropel dejan ahora  
La fosa sepulcral.»

«Y por la tierra, de pavor transidos,  
Vagan ora dispersos, ora unidos,  
En tumultuosa, horrible confusion,  
En tanto que al Señor llega piadosa,  
De ángel bello ó de niña candorosa  
Purísima oracion.»

Esa creencia de la dulce anciana  
Que aleccionó mi hermosa edad temprana,  
Indeleble en el alma conservé;  
Y cada noche, al escuchar sonora  
En el espacio la siniestra hora,  
Por los muertos oré.

Mas una vez, la amiga campanada  
No saludó mi estancia retirada,  
Ni yo escuché su religioso son.

Música vaga que en los aires suena  
Adormia á sus cantos de sirena  
Mi loco corazon.

Ecos del mundo, que hasta mi venian:  
Imágenes de dicha que reian  
Brindándome tesoros de placer;  
Tumulto y confusion, grandeza y ruido:  
Ilusiones de un bien apetecido  
Que nunca llega á ser.

Chocar de ardientes copas que embriagan:  
Sonidos que se escuchan y se apagan:  
Broncos gritos y voces del festin;  
Histérica, punzante carcajada,  
Fiero estertor del ánima apenada  
Que acaso vé su fin!

Y no escuchaba la campana amiga:  
Mas rendida al cansancio y la fatiga,  
El sueño huia de mi turbada sien  
Medrosas sombras mi dormir velaban:  
Irritadas, severas me miraban  
Con ojos que no ven.

Y recordé mi infancia y mi inocencia,  
Y la devota, bendecida creencia  
Que religiosa anciana me infundió;  
Y desde entonces, la campana escucho:  
Nada me apena: ni insensata lucho  
Con vanas sombras yó.

¡Oh, sí! despues de orar por los que han sido,  
El sueño, como bálsamo exprimido  
De gayas flores, llueve sobre mi;  
Espiritus de paz y de ventura,  
Baten alegres por mi estancia oscura  
Sus alas de rubí.

Y yo creo que son agradecidas  
Las almas por mis ruegos redimidas,  
Cuando en coro feliz suben á Dios;

Y mi dolor y mi anhelar liviano,  
Cuanto hay en mi de mísero y mundano,  
Arrebatan en pos.

Y me parece que la tierra en calma  
Está por mi plegaria, y goza el alma  
Orando fervorosa sin cesar;  
Y en su dichoso afán embebecida,  
Vanas pompas del mundo y de la vida,  
No cuida en recordar.

¡Ah! la creencia de la anciana aquella  
Es fábula ilusoria cuanto bella:  
Que no tornan los muertos yo bien sé; (1)  
Mas ¿por qué esa creencia es hoy mi encanto?  
¡Ay! ¿por qué al olvidarla sufrí tanto?  
¿Por qué, buen Dios, por qué?

AURORA LISTA DE MILBART.

## LA SOLEDAD MÚTUA.

### VI.

(Conclusion).

—Sí, sí; en el fango; no me arrepiento de lo dicho. ¿Cree V. que solo las pebres ramerás viven en el cieno de la sociedad? Nó; hay muchas mujeres que el mundo llama honradas como esa doña Asuncion, que se casan, que nadie tiene que decir de ellas: y sin embargo, cometen desaciertos que yo por mi parte no titubeo en llamar crímenes. El primero es vender su cuerpo, y el segundo es robar á su marido; y Magdalena ya ha hecho lo primero. Ha vendido su cuerpo á un hombre rico que puede muy bien ser su padre, y mañana si este no satisface todos sus caprichos, hará lo que hacia su madre, y si tiene hijas les dirá lo mismo que le han dicho á ella; y esos matrimonios de la materia son la corrupcion de la sociedad.

—Y de ellos nace la soledad mútua, ¿eh? preguntó Javier riéndose.

—Sí; de esas uniones monstruosas sale el virus ponzoñoso que forma el cáncer social.

Manuel miró á Nuñez fijamente, y se quedó pensativo, diciendo al fin:

—¿Con qué cree V. que he ganado no casándome con Magdalena?

—Mas que si le hubiera tocado el premio mayor de la lotería de Navidad. ¿V. sabe lo que es vivir con una mujer vulgar? Si es preferible ser fraile de la trapa? El matrimonio es un cielo y es un infierno, y ¡ay! del desgraciado que le toca este último lugar.

—Se conoce que V. mira con mucho respeto el matrimonio, replicó Manuel, tratando de sonreír.

—No le he de mirar? si sé por experiencia propia lo que es; despues que como los médicos somos los segundos confesores de las mujeres, ¡sé tantas historias!.... tantas!.... tantas!.... que á mis hijas no las he dejado casar con el primero que ha llegado, nó; y eso que al morir yo, no les queda mas que una miseria para vivir, pero prefiero que vivan solas y pobres, á ricas y mal acompañadas. Poco antes de V. llegar, el conde de C..... me pidió la mano de mi María, y he tenido grandes disgustos, hasta que (gracias á Dios), mi hija se ha convencido que yo no deseo mas que su felicidad, y ha negado su mano á su aristócrata pretendiente.

(1) La autora se refiere á la resurreccion de la carne, es decir, á que los muertos salgan realmente de sus tumbas como decia el cuento de la anciana, lo cual ciertamente es una Fábula. (Nota de la redaccion.)

María al verse aludida se puso roja como las amapolas, y blanca como las azucenas, y Manuel que estaba sentado á su lado la dijo alegremente.

—¡Ola! ¡ola! Nada menos que condesa queria V. ser.....

María no contestó nada, pero su palidez se hizo mas visible aunque trató de sonreirse para disimular su turbacion; y Manuel quizá por vez primera la miró atentamente, diciendo al fin por decir algo:

—Y lo ha pensado V. bien, Nuñez? porque condes no se presentan todos los dias.

—¿Que si lo he pensado?..... Ha de contar V. que María es hija de una mujer que me hizo entrever en la tierra un cielo; y yo siento por esta niña no solo el amor del padre, sino que adoro en ella la sombra angélica de su madre; y por mi gusto no la entregaré á cualquier quidam porque tenga un título. Yo quiero que mi hija se case enamorada, no alusinada; y el conde, apuesto y distinguido, galanteador de oficio, naturalmente, la deslumbró, y María se hubiera casado con él completamente aturdida; pero luego..... ¡pobre niña! ¡cuánto se hubiese arrepentido!

—Y quién sabe si le hubiera seguido queriendo. ¿A V. que le parece, María? le preguntó Manuel con cierta sonrisa.

—Que mi padre tiene mucha razon en lo que dice; y la jóven salió del aposento apresuradamente. Manuel se quedó mirándola, y volviéndose á Nuñez exclamó:

—¿Quiére V. creer que estoy tan preocupado con mis disgustos que hasta esta noche no he mirado bien á María, y veo que es una niña preciosa, que hubiera hecho una condesita encantadora?

—Sí; ahora mi hija es una camelia hermosísima, es un cuerpo admirable, pero aun no tiene alma; como es tan bonita, y se lo están diciendo desde que nació, ha adquirido cierta presuncion, y yo desco que su belleza se marchite, porque entonces su alma exhalará su delicado perfume; es buena, muy buena, pero le falta sentimiento; necesita amar, necesita llorar un poco, y entonces será tan hermosa y tan espiritual como fué su madre.

—¿Y si se enamora de algun pobrete? preguntó Manuel con marcado interés.

—Nada me importa si él es bueno. Julia y Enrique á quienes V. tanto envidia, cuando se casaron él ganaba 18 duros mensuales, ella cosia camisas á la máquina, la madre de Enrique tambien cosia faldas de lana, y gracias que Javier le proporcionó á Enrique el entrar en una casa de comercio donde gana 12,000 reales al año, y así han ido pasando; pero ellos se quieren, sus espíritus se entienden y son la envidia de cuantos les rodean, y yo solo le pido á Dios que mi hija pueda vivir así, como viven Julia y Enrique.

—Es muy noble el deseo de V., contestó Manuel gravemente. ¡Dios quiera que lo pueda realizar!

—Crea V. que no tengo otro afan; he viajado mucho en la sociedad, he entrado en muchas casas y he visto á muchas mujeres con trajes de terciopelo, y el corazon hecho pedazos, y he visto á muchos hombres de gran fortuna que no se han suicidado por no haber pensado en ello, pero que su vida es un sufrimiento continuo.

He visto á muchos niños crecer solos como la zizaña entre el trigo; y á veces en una pobre cabaña durmiendo sobre un monton de paja, he visto jóvenes parejas, que el uno ó el otro se han abrazado á mis rodillas pidiéndome la vida de su compañero; y si he conseguido darles la salud, luego los he visto venir á mi casa tranquilos y risueños á traerme un cesto de frutas en prueba de su gratitud, y al decirles yo:—Vamos por ahora no os separeis, decia ella:—¡Ay! ni lo quiera Dios! Este y yo nos hemos criado juntos, y si él muere, ¡qué seria de mí y este grito de ternura no lo he escuchado en los grandes palacios; y como yo quiero que mi hija viva muy acompañada, solo pido al Sér Supremo que sea tan dichosa en su matrimonio como lo he sido yo.

—Yo se lo prometo que lo será, dijo Julia.

—V.....! exclamó Manuel, sorprendido.

—Yo, si señor, yó; replicó la jóven sonriéndose.

(101)

- ¿Y aseguras que no vivirá sola? preguntó Avelina.
  - Sí que lo aseguramos, dijo Enrique.
  - ¡Ola! ¡ola! esto pica en historia, exclamó Nuñez, aquí hay una emboscada.
  - ¿Y se dejará V. coger en ella? dijo Manuel tratando de sonreír.
  - ¿Qué si me dejaré coger? pues si me entrego á discrecion. Yo sé que Julia no ha de procurar mas que por la felicidad de mi hija.
  - Bien lo puede V. decir, replicó Julia estrechando cariñosamente las manos del doctor.
  - Sobre todo que María no tenga en su hogar la *soledad mútua*, exclamó Javier riéndose alegremente.
  - Yo os prometo que su marido la querrá tanto como Enrique me quiere á mí.
  - ¿Y quién es él? preguntó Manuel con viveza.
  - El Mesías que ha de venir, contestó Julia mirando á su marido.
- En aquel momento entró María, y se cambió de conversacion.
- En nuestro próximo artículo veremos si Julia se ha ocupado del porvenir de su jóven amiga la encantadora María.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

### A UNA GOTA DE AGUA.

Una gota de agua de una nube  
 Sobre una verde hoja descendió;  
 ¿Fué lágrima quizá de algun querube  
 Que al pensar en su ayer se acongojó?  
 Una gota de agua iluminada  
 Por los rayos prismáticos del sol:  
 Nos parece una perla evaporada  
 De la corona espléndida de Dios!

VIOLETA.

«Ha reaparecido, bajo la direccion de Mr. Durville *Le Journal du Magnetisme*, interesante revista magnética quincenal, que se publica en París. Tenemos entendido que, tambien bajo la acertada direccion del mismo Mr. Darville, verá pronto la luz una Enciclopedia que contendrá, por órden alfabético, todos los conocimientos adquiridos hasta hoy en Magnetismo y Psicología. Anunciaremos oportunamente su aparicion.»

—«Una de las poblaciones donde más prosélitos cuenta el Espiritismo, es Santander, como lo prueba la existencia de los Círculos siguientes: Centro Espiritista Santanderino.—La Fraternidad.—La Fé.—La Creacion.—La Caridad.—San Luis.  
 »Felicitamos á todos nuestros hermanos de Santander y les deseámos un feliz éxito en sus tareas de propaganda.»

### PENSAMIENTOS.

El que salva la pátria, no conoce el valor de su sacrificio.—*Carlota Corday.*  
 El egoismo, seca el corazon y pervierte la conciencia.—*María de Zamora.*  
 El trabajo y la aplicacion son un verdadero tesoro.—*Joaquina G. Balmaseda.*  
 El miedo de todo saca pronósticos.—*Mad. de Genlis.*

SAN MARTIN DE PROVENSALS: Imp. de Juan Torrents y C.<sup>a</sup>, Triunfo, 4.